

PSICOLOGÍA DE LA SABIDURÍA Y SUS IMPLICACIONES TERAPÉUTICAS

Vicente Pelechano

Universidad de La Laguna

RESUMEN

Se presenta un hipotético origen de lo que se denomina «sabiduría» y sus principales líneas de evolución teórica dentro y fuera de la psicología y posibles interconexiones con la concepción actual. Se ofrecen relaciones entre pensamiento común y científico de sabiduría y se diferencia entre teorías implícitas y teorías «populares» de sabiduría. Asimismo se ofrecen las líneas de un posible modelo de psicología de la sabiduría y de las implicaciones que éste posee para la psicología clínica y, en especial, para las terapias psicológicas, desde análisis de creencias hasta las teorías «implícitas» que utilizan los terapeutas en su acción profesional.

Palabras clave: SABIDURÍA Y PSICOLOGÍA CLÍNICA, SABIDURÍA Y PSICOLOGÍA, TEORÍAS DE SABIDURÍA.

El trabajo es una versión de la conferencia con el mismo título leída en el *8th International Congress on Study of Behavior*, el 30 de septiembre de 2006 en Santiago de Compostela (España). Y está basado en parte en un proyecto de investigación subvencionado por la Comisión Interministerial sobre Ciencia y Tecnología (SEJ2006-14301/PSIC, Consolider). Las ideas y opiniones expresadas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad del autor y no comprometen a la entidad subvencionadora ni al equipo de investigación.

Correspondencia: vpelecha@ull.es.

SUMMARY

From a ratio-historical point of view, the main traditions and concepts used on wisdom are discussed, specifically the concepts related to contemporary psychology of wisdom. «Implicit» theories and «lay» theories are considered as different in relationship to its origin and content. Several lines of thought on a new model of wisdom are offered and its implications and applications to clinical psychology, and essentially for the psychological therapies (from the analysis of believes until the «implicit theories» on wisdom used by psychotherapists in clinical practice).

Key words: WISDOM AND CLINICAL PSYCHOLOGY, WISDOM AND PSYCHOLOGY, THEORIES ON WISDOM IN PSYCHOLOGY.

SOBRE LA NOCIÓN DE SABIDURÍA: UN ORIGEN PSICOLÓGICO COMÚN DE LAS CAPACIDADES Y COMPETENCIAS HUMANAS

La delimitación de «sabiduría» es una tarea muy compleja y no existe un consenso en nuestros días entre los científicos que han tratado el tema por lo que se refiere a su definición. En cuanto a su origen, posiblemente, unido al proceso de hominización se iban descubriendo «saberes» que eran de gran importancia tanto para la supervivencia del grupo como para la del individuo. Cabe pensar que estos saberes fueran mayores en aquellos humanos que vivían más años y que se debían transmitir con el contacto directo de padres-hijos y dentro de cada grupo humano (de ahí la idea de que los de mayor edad poseían mayor saber). Estos conocimientos que tenían una cierta estructura constituyeron la «sabiduría» del grupo, que se aplicaba a los miembros del grupo y que era poseída por todos o la mayoría de ellos, en la que participaban todos o la mayoría de los miembros del grupo y que era detentada, en mayor grado, por el líder de ese grupo.

Con el paso del tiempo, de las experiencias compartidas y la complejidad del grupo, estos conocimientos se fueron ordenando y

especializando formando «sistemas» más o menos coherentes y lógicamente enlazados que se referían a las actividades «vitales» de supervivencia, del grupo, así como de su funcionamiento, reproducción, caza y domesticación de animales, previsión del clima, como también de cultivo de alimentos, diferenciación entre productos sanos y venenosos y, cómo no, de relaciones interpersonales e intergrupales, así como de prácticas sanadoras en el caso de traumatismos y enfermedades. Los intentos por sistematizar y «dar sentido» a estos conocimientos darían lugar a ramas de saber que eran relevantes para el grupo y para los individuos. Dentro de cada dominio de conocimiento-actividad existían modificaciones que eran producto del aprendizaje y la interacción entre los conocimientos y la práctica y, junto a ello, un «poso» de conocimientos decantados por la experiencia, que exigían cada vez mayor esfuerzo y unas determinadas maneras de pensar que se fueron independizando de la práctica diaria y formando un tipo de conocimientos con una estructura progresivamente más formal y de búsqueda de invariantes, que formó la semilla del pensamiento sabio. En este momento del desarrollo del conocimiento, sabiduría, inteligencia y capacidades-aptitudes tenían mucho más de común que de específico. Y todas ellas se encontraban enraizadas en la estructura y la dinámica social.

Parece sensato suponer la existencia de dos tendencias que iban en sentido contrario en estos conocimientos. Por una parte, una de especialización y, por otra, intentos reiterados por lograr una generalización de conocimientos, descubrimientos de invariantes y de formulaciones progresivamente más genéricas y, por ello, más «simplificadas» y abstractas, aunque por ello mismo, también más difíciles de apresar y poseer.

En el intento por encontrar sistematizaciones coherentes y «globalizadoras» que permitieran recordar, recuperar y aplicar estos conocimientos a partir de unos «principios» habría que ubicar el nacimiento de la filosofía, o, en estos momentos, alternativamente, de la «sabiduría», como conjunto más o menos integrado de conocimientos, relevantes para la supervivencia. Es muy posible que éste sea un origen plausible del conocimiento que, en las primeras fases de la humanidad, podía ser apresado por un solo ser humano pero que andando el tiempo fueron necesarios más de uno. Este

«conocimiento matriz» del que se nutría la actividad del grupo y del que dependía, era considerado como muy importante; se trataba de un tipo de conocimiento que servía para promover una adaptación al medio, para aprovecharse de este medio en el que vivía el ser humano (físico y social) y, en su caso, para modificarlo de manera que fuera posible una vida mejor.

En el intento de especialización, organización y diversificación de estos conocimientos, aparecieron los gremios como concedores y depositarios de realidades parciales, en los que se requerían de habilidades y aptitudes progresivamente más especializadas, que asimismo generaban conocimiento restringido al dominio concreto de la actividad de la que se ocupaban. Con el tiempo esto dio lugar al conocimiento que servía para resolver los problemas cotidianos de interacción con el medio físico y biológico y, asimismo, dio lugar en occidente, al surgimiento de una manera concreta de unir la experiencia con el análisis racional: la ciencia.

Misiones relevantes de este conocimiento eran su mantenimiento, la transmisión de ese conocimiento de una a otra generación y, además, la transmisión de los valores que permitieran que el grupo humano perviviera. También puede suponerse que la posesión de ese conocimiento llevara consigo una considerable cota de poder, exigiera un sacrificio asimismo considerable para su adquisición y exigiera una cierta capacidad. La diversificación de ese conocimiento promovió la necesidad del cultivo de unas capacidades con el fin de garantizar el almacenamiento, uso y promoción de los conocimientos relevantes en cada área de especialización.

Y una nota importante en la decantación de los dominios del conocimiento fue su funcionalidad (utilidad en sentido amplio), en la medida en que el conocimiento debía ser útil para el individuo, para el grupo o para ambos a la vez. Otra, que fuese susceptible de articulación que impidiera derivaciones contradictorias. Otra, finalmente, que permitiese derivar en el sentido de lo general a lo específico y a la inversa¹.

¹ Este proceso aquí sugerido es de una extraordinaria complejidad. Y la oposición entre individuo-grupo es más un reflejo de una época determinada que un problema que existió desde el mismo origen social. Asimismo debería entenderse la evolución de capacidades y la evolución de las sociedades como un complejo proceso interactivo en el que no siempre aparecen las capacidades necesarias, ni se da un equilibrio en el desarrollo de

Por otro lado, el primitivo grupo social fue complicando su estructura y especialización manteniendo un equilibrio no siempre estable entre acciones y capacidades encaminadas al dominio y control del medio físico y, por otro lado, las acciones y capacidades encaminadas al dominio, control y bienestar social. Posiblemente, pasados los primeros estadios de esta evolución, estos dos dominios fueron diversificándose y con su desarrollo independiente, dieron lugar a dominios de conocimiento y acción «en la naturaleza», frente a dominios de conocimiento y acción «en el mundo social». En el primer caso pronto se diversificaron en los dominios físicos y químicos naturales y la biología (con la química orgánica); en el segundo, aparecieron los dominios de funcionamiento socio-institucional y los socio-personales (intra e interpersonal). Y frente a esta tendencia a la diversificación, surgió, en occidente, una tendencia a la reunificación de los conocimientos (la filosofía y en paralelo, y con mayor ambición, la teología y sistemas cosmológicos²). La primitiva «sabiduría» se fue disgregando en dominios y durante mucho tiempo eran términos que se ocupaban de la misma realidad la «sabiduría», la «inteligencia» y «las capacidades humanas». En la disgregación dentro de cada dominio quedaba un poso que parecía común y a ese poso común se fue calificando como «sabiduría».

Por lo que se refiere al dominio «natural» los primeros desarrollos «globalizadores» se ocuparon en occidente de concepciones teológicas (y teogónicas) y cosmológicas de manera que los primeros «sabios» eran también tratadistas de Dios o de la naturaleza, entendiendo como tales todos los elementos y dominios que consideraban importantes y durante muchos siglos los «sabios» lo eran tanto de conocimientos concretos (muchos filósofos han sido científicos) en muchas ocasiones, como de propuestas cosmológicas

las mismas, ni existe un sistema de interacciones que no dé lugar a contradicciones reales a partir de intentos por ofrecer sistemas completos. No existiría, desde aquí, una «determinación social» de las capacidades humanas individuales sino una interacción entre necesidades y acciones que las satisfagan en mayor o menor grado. Con el agravante de que pasados los primeros momentos de este proceso evolutivo, el ser humano iba proponiendo, asimismo, necesidades, bien sea a nivel individual o grupal.

² Esta tendencia unificadora ha estado presente desde tiempos muy lejanos y su lugar dentro de la estructura de poder de los conocimientos ha variado con la época histórica. En la actualidad posee un poder más bien escaso; en la Edad Media y en occidente, su poder era muy grande.

globalizadoras acerca de lo que «era la realidad» frente a la apariencia. En un momento, todavía posterior, el conocimiento «globalizador» se ocupó de la manera de conocer y de la base del conocimiento de la «ciencia natural».

Dentro del dominio social, el conocimiento se desgajó en dos ramas. Una estaba directamente relacionada con el poder político y el «éxito social», la otra, en gran medida independiente, cuando no contradictoria con él, estaba relacionada con el saber vivir, con el éxito personal e interpersonal (Pelechano, 1994, 1996) y en estos tipos de dominio no se ha llegado, hasta el momento, a un conocimiento tan estructurado y potente como el de las ciencias físicas. Una parte considerable de este tipo de conocimiento está relacionado con el «saber vivir» y el establecimiento y mantenimiento de una convivencia razonablemente satisfactoria; este conocimiento es al que la psicología ha denominado «sabiduría» o saber de vida. Las fuentes de este conocimiento se encuentran en intuiciones de grandes pensadores, de «libros de sabiduría» calificados así por culturas y pueblos (como la *Biblia*, el *Corán* o el *I ching*), escritores de ensayo y literarios. Y la psicología contemporánea intenta convertir este conocimiento en sistemático y científico.

LA UNIDAD O LA PLURALIDAD DE «SABIDURÍA»

Un elemento común entre los distintos autores contemporáneos, desde Baltes hasta Sternberg es suponer la existencia de *una* sabiduría. Se llega a discutir si existe la sabiduría al margen de los seres humanos (los humanos la podrían «aprehender» o apresar en parte) o si es imposible pensar en sabiduría sin que haya seres humanos que la hayan creado y, de hecho, la estén creando. Desde el punto de vista psicológico resulta difícil pensar en una «sabiduría» humana al margen de la acción humana. La sabiduría sería el resultado del conocimiento sabio, y éste conocimiento ha sido creado y plasmado por humanos³.

³ Psicológicamente la sabiduría es un producto del ser humano. Otra cosa es quién o qué pudiese haber inspirado ese conocimiento (para unos sería Dios y para otros la Razón humana).

En muchos sentidos la discusión acerca la «unicidad» de la sabiduría asemeja a la que existe acerca de la «naturaleza humana». En la medida en que se trate de elementos formales estructurales genéricos, poco habría que discutir acerca de la «naturaleza humana» y de su inmodificabilidad. En la medida en que se hable de contenidos psicológicos concretos constitutivos de esa «humanidad», con referencias a componentes individuales y grupales, normativos naturales y éticos, la «unidad» va desapareciendo al ajustarse a exigencias concretas⁴. Un ejemplo de ello se encuentra en la idea de «sabiduría» en Aristóteles: la sabiduría se presenta como la única vía para el logro de la felicidad (que, por ser humana, debe recoger lo específicamente humano del ser humano, para Aristóteles, la racionalidad) el logro de la sabiduría se logra con el logro de la felicidad que sería la vida contemplativa, la «contemplación» y visionado-posesión de la verdad (la verdad es «desvelación» de lo oculto). Todo el resto de elementos y aspectos del funcionamiento humano son dependientes de esta acepción de «sabiduría» en sentido absoluto. En sentido relativo, con todo, la «sabiduría» tiene muchos elementos comunes con la «prudencia» (*phrónesis*), definida en la *Ética a Nicómaco* (libro vi, cp. 5) como «una disposición, acompañada de razón justa, dirigida hacia la acción y con referencia a lo que es bueno o malo para el hombre». La prudencia es una virtud dependiente de la facultad de razonamiento, a la que se llama también «sabiduría práctica» que puede entenderse en sus acepciones individuales como prudencia en sentido estricto, en acepciones de familia y hogar sería la economía y en la del estado, la política. Para cada acepción, las secuelas no son las mismas para todos los que participan o sufren la acción «sabia» y lo que para unos puede ser «sabio», no lo sería para otros. La «sabiduría» entendida de esta manera «parcial» y solapable

⁴ Para aclarar e ilustrar este punto. El famoso «Juicio de Salomón» en el que decidió «partir por la mitad» un bebé reivindicado por dos madres con el fin de dar la mitad a cada una pasa por ser «sabio», aunque, por otra parte, nada se tomó en cuenta en esta «decisión» la opinión, ni el bienestar del bebé. La «decisión» judicial tan «sabia» puede ser criticada desde distintos puntos de vista humanistas y algo similar sucede en el caso del mandado «sacrificio» de Isaac y que analizó Kierkegaard desde las distintas perspectivas de los protagonistas (Abraham, Rebeca, Isaac). Posiblemente, en cuestiones humanas siempre aparecen una o más partes perjudicadas y por ello, la percepción de lo «sabio» no siempre es igualmente satisfactorio para todos los implicados.

con cuestiones prácticas sería «prudencia» en sus diversas acepciones.

Además, por lo que se refiere a los «invariantes» en juicios de sabiduría aplicada al mundo sociopersonal: en la medida en que se trataba de «una» sociedad con una estructura muy rígida hasta el punto de ser casi imposible el cambio de uno a otro estrato o nivel de funcionamiento social y por tanto deseablemente inmodificable (esto es, una sociedad cerrada en términos de Popper), la «sabiduría» y sus componentes éticos deberían ser similares, en cualquiera de los dominios y estratos sociales y, por ello, posiblemente existiría un problema de «traducción» de un sistema a otro por lo que se refiere a la aceptación sin protestas de esas «decisiones sabias» y pragmáticas (en todo caso, podrían coexistir sin relacionarse, distintas formas de «sabiduría», como compartimentos estancos) . En la medida, sin embargo, en que la sociedad sea compleja, multiforme, enormemente dinámica y muy diversificada, lo que signifique «saber vivir» puede significar cosas operativas muy distintas y, por ello mismo, no habría «una» sabiduría sino tantas como dominios de funcionamiento personal hayan. Y una persona «sabia» en un contexto sociopersonal puede no ser igualmente «sabia» en otro.

Es posible, con todo, que puedan encontrarse invariantes teóricos presentes en distintos contextos y, si eso es así, estos invariantes conformarían «la» sabiduría, que pretenden aislar algunos teóricos, inmutable y escasamente relacionada con el mundo operativo, si bien es verdad, hasta el momento, sin grandes resultados experimentales debido a un error de raíz que intentaría implantar un único sistema cognitivo y valorativo-funcional a sistemas funcionales que son sustantivamente diferentes. Dicho con otras palabras, nos encontraríamos ante un problema similar al ya encontrado en la filosofía: en la medida en que nos ocupemos de aspectos funcionales concretos y relevantes para la supervivencia y adaptación, las diferencias recogerían las distintas adaptaciones a los contextos de vida y, por ello, a la hora de evaluar las respuestas, serían o no sabias en función de estos contextos. Lo que quedaría al margen de las «aplicaciones» como común e invariante serían elementos abstractos o que recogieran elementos comunes genéricos pero nunca concretos, de aplicación individual, y específicos. Así, por ejemplo,

sucede también con la idea de «felicidad humana» a nivel operativo y concreto. Incluso dentro de la acepción «genérica» se pueden rastrear algunas diferencias en la concepción de la sabiduría desde la psicología.

POSIBLES LÍNEAS ORDENADORAS DE LAS ACEPCIONES DE «SABIDURÍA»

En un intento por ordenar variedades importantes de este concepto, que sirven a la vez de resumen de lo logrado hasta el momento, habría que distinguir las siguientes, cuya pretensión es la de ofertar una sistematización de conocimientos, aunque el posicionamiento de uno u otro autor de los que han tratado el tema puede encontrarse en más de una de las acepciones.

(1). Desde la filosofía, «sabiduría» equivaldría a la quintaesencia de la filosofía misma: se refiere a la estructura formal de la realidad, que es inobservable y a la que se llega tras recorrer un camino largo, difícil y prácticamente inalcanzable en toda esta vida. En las filosofías teístas, la sabiduría se identificaría con la teología, como conocimiento de Dios, del cual emanaría el mundo y toda la realidad⁵. En las ateas, se ocupa de la metafísica, como conocimiento de la estructura formal de toda la realidad, común a todas las cosas y de la que se desprende todo conocimiento válido. En esta acepción «sabiduría» sería un tipo de conocimiento, cuyos contactos con la realidad son escasos y nunca directos, sería propiamente una elaboración a partir de modelos de realidad «observable» hasta llegar a una realidad intangible, básicamente inamovible y que no puede ser entendida con las vías sensoriales del conocimiento sino con las racionales.

Sucede además, que en estas acepciones de sabiduría, pese a insistir en que se trata de un tipo de conocimiento, su «posesión» lleva consigo una transformación personal que va más allá del conocer y convierte al ser humano en un raro ejemplar, un tanto alejado de la

⁵ La unión entre teología y filosofía aunque siempre pretendida por los teólogos, nunca ha llegado a cuajar como sistema sin fisuras y los problemas que durante muchos siglos se plantearon (como la relación entre la fe y la razón, la predestinación-la libertad y Dios, por poner unos ejemplos ilustrativos), nunca encontraron una respuesta satisfactoria...independientemente de la fe.

realidad circundante y que ha sufrido un cambio personal muy notorio. No se han operacionalizado hasta ahora los determinantes principales que transforman el conocimiento en acción personal de cambio profundo, aunque en los casos históricos relatados, se trata de un proceso largo después e una intuición «nueva» y profunda, usualmente acompañado de separación del resto de mortales (un «retiro») y vuelta a la sociedad, en la que se hace patente el cambio (Cristo o el príncipe Siddartha son dos casos, aunque no los únicos).

Aunque es inalcanzable en su totalidad, aquel humano que logre una parte sustantiva de ese conocimiento (el «sabio») se conduciría de una manera poco común, aunque en todo caso, ese conocimiento sabio le haría contemplativo, prudente, sensato y sugeridor más que impositivo (de donde se deriva que es mucho más que cognición). Idealmente, de la «sabiduría» se deberían desprender prescripciones válidas para ser aplicables a todos los humanos y en todas las circunstancias de vida, aunque estas «derivaciones» no han sido objeto prioritario del pensamiento filosófico (en especial la tradición occidental más difundida), aunque se han hecho esfuerzos distintos por generar sistemas teóricos omnicomprensivos que han corrido una suerte dispar. En todo caso, después de muchos siglos, existen una variedad de sabidurías filosóficamente «justificadas» pero que no son entre sí coherentes ni han dado lugar a un único sistema comprensivo y consensuado.

En la psicología contemporánea abundan definiciones de sabiduría que recogen esta sensibilidad y que se corresponden a concepciones de sabiduría, fundamentalmente, de finales del siglo pasado, en las que ésta es mucho más que un tipo de conocimiento y que en gran parte se encuentran recogidas en la monografía de Sternberg (1990). En este grupo se encuentran las de Kramer (1990, p. 326) de sabiduría como la «integración organísmica de modos de pensamiento, afecto y reflexión relativista y dialéctico; una *perspectiva sobre la realidad* desarrollada entre sus interrelaciones», o la de Birren y Fisher (1990): «la integración de los aspectos *afectivos, conativos y cognitivos* de las aptitudes humanas en respuesta a las tareas y problemas de la vida. La sabiduría es un equilibrio entre las valencias opuestas de emoción intensa y desapego, acción e inacción, y conocimiento y dudas», así como la propuesta de Csikszentmihaly y Rathunde (1990)

como un proceso cognitivo holístico, una virtud o guía de acción, junto a un estado bueno y deseable, la propuesta de Orwoll y Perlmutter (1990) como un equilibrio multidimensional de cognición, afecto, afiliación y preocupaciones sociales, o la de Meacham (1990) como conciencia de la falibilidad del conocimiento, equilibrio entre conocer y dudar y la de Brugman (2000) como fenómeno metacognitivo, afectivo y comportamental, especializado en manejo de incertidumbre.

Elementos comunes en estas definiciones son: intentar integrar una u otra parte de la tradición filosófica, incorporar a la sabiduría prácticamente todos los procesos psicológicos (menos los motóricos, curiosamente) y su compromiso con solución de problemas vitales y con la prudencia (esto es, un componente de virtud o deber ser más que de ser, volvemos sobre esto más adelante). Junto a ello, una carencia total de sugerencias de caminos para alcanzarla, así como pocas referencias, si hay alguna, a los procesos psicológicos involucrados. Y cuando aparecen referencias lo hacen de dominios más inespecíficos que otra cosa (afectivo, conativo, motivacional, etc.) más que componentes psicológicos procesuales al uso en la bibliografía psicológica publicada.

(2). En estrecha relación con la tradición anterior se encuentran las tradiciones religiosas, en las que sabiduría se ha identificado con el conocimiento de la divinidad, de la que emanaban reglas de funcionamiento personal y social. Sabiduría en esta acepción, viene a ser un conocimiento que se convierte en norma de actuación, tanto de individuos como de grupos humanos y, desde ella, dimana la medicina (las «artes sanadoras»), la ética y la justicia. Tampoco en este caso se ha logrado una unidad de las distintas opciones e incluso en una de ellas, el *zen*, la concreción depende de cada maestro. En buena cuenta se trataría de construir un modelo correspondiente a un «universo cerrado» y, con él, la posibilidad de generar normas que sirviesen de aplicación general, tanto para curar una herida como para resolver un problema de cálculo. Un elemento común a todas las propuestas es la aparición de un «vicario» o interpretador autorizado del cuerpo doctrinal.

La realidad, en todos los casos, tozuda y variopinta, se ha ido encargando de poner límites a las interpretaciones y aplicaciones del «universo cerrado» creado por las distintas opciones religiosas, y, a

la vez, generando esperanzas en fuerzas incomprensibles pero «bondadosas» que se mueven más allá de la acción humana actual, y en donde la divinidad se presenta como reconfortadora de sufrimiento humano.

Algunos de estos hechos «tozudos» bien merecerían una mayor atención por parte de la psicología de nuestros días, con relación a terapias psicológicas y estrategias de «consolación» socio-personal. Aunque la psicología de la religión representa una especialización psicológica, no parece encontrarse especialmente representada en el tratamiento académico para formar a profesionales de la psicología. En Estados Unidos el informe Gallup de hace una década (1996) encontraba que el 72% de la población creía en la existencia de los ángeles y tan solo el 16% de la población negaba su existencia (se desconocen los datos equivalentes para la Comunidad Europea, aunque las diferencias pueden ser más bien, de matiz). Con estos datos en la mano parece más que extraño que la psicología no se ocupe, de manera central, de temas relacionados con esa «espiritualidad». Y una manera predominante de entender operativamente esa «espiritualidad» tiene que ver con normas de vida y maneras de entender la realidad personal.

(3). Como una opción teóricamente menos ambiciosa, se encuentra la sabiduría como «saber de vida». Un conocimiento teórico-práctico que llevaría al logro de la «felicidad». Se plasmó en un conjunto de «filosofías de vida» o filosofías prácticas tales como el estoicismo y el epicureísmo. En buena cuenta son derivaciones de la primera opción, aunque su plasmación ha estado orientada más que a un saber «último», a promover formas concretas de aliviar el sufrimiento. Aunque pretendidamente griegas, su origen es oriental y el curso que siguieron, muy distinto entre sí (el epicureísmo tuvo, básicamente una vida corta, el estoicismo ha pervivido hasta nuestros días desde tiempos de Alejandro Magno, si bien con modificaciones de base). Estas opciones, con menos carga metafísica y más cercanas a la observación de la vida como tal, son menos coherentes, más limitadas pero de una u otra manera, han estado presentes (no en estas formas originales sino en otras modificadas para hacerlas coincidir con la sensibilidad de los tiempos) hasta llegar a nuestros días. De una u otra forma, ésta manera de entender la sabiduría es la que se encuentra cercana

a las distintas formas que se encuentran presentes en la psicología contemporánea y concretadas en partes de escuelas y procedimientos de tratamiento psicológico de los problemas humanos.

En la psicología contemporánea esta manera de entender la sabiduría se encuentra muy cercana a la concepción del grupo de Baltes (con mucho, el que ha ofrecido el mayor volumen de resultados experimentales hasta nuestros días), que desde el Instituto sobre Desarrollo Humano de Berlín ha definido a la sabiduría como un conocimiento experto en los problemas de la vida, lo que se refiere básicamente a un *tipo de conocimiento* y que poseería diversos compromisos con inteligencia académica (condición necesaria pero no suficiente), personalidad y con la *interface* inteligencia-personalidad (estilos cognitivos, valores y creencias, componentes de ética humanista).

Recientemente, en un intento por encontrar una unidad dentro de la psicología, el diccionario de la *American Psychological Association* (2007) la define como «la capacidad de un individuo para encontrar las respuestas correctas –o al menos buenas- a cuestiones difíciles e importantes de la vida y dar consejos sobre los problemas complejos de la vida diaria y de relaciones interpersonales». La definición, aunque descriptiva, supone que se trata de «una» capacidad, que se restringe a conocimientos (encontrar respuestas) y referidos a cuestiones «importantes y difíciles de la vida», Así como dar consejos sobre problemas complejos y de relaciones interpersonales.

La aparente «claridad» deja de ser tal en cuanto intentemos aclarar lo que significa «respuesta correcta o buena», preguntemos qué significan esas cuestiones importantes de la vida (por ejemplo, ¿conocer maneras de reanimar representaría sabiduría? ¿los intensivistas son más «sabios» que los médicos de familia o los psicólogos porque unos salvan vidas y otros no, en situaciones críticas?), si se trata de una o más capacidades (si es una, cómo se operacionaliza y si son más, además, cómo se relacionan) o, cuando intentamos saber qué procesos psicológicos se encuentran comprometidos o son componentes esenciales de esa sabiduría. Y esta acepción implica problemas tanto éticos como sociales de importancia en cuanto se intentan operacionalizar modos y maneras concretas de actuación y entre los que cabe inventariar la existencia

o no de una «forma universal» de saber vivir o su dependencia de los contextos de vida, marcos sociales y etapas evolutivas; existencia o no de un «depósito» de sabiduría (plasmado en libros, por ejemplo) al margen de las personas vivas en cada momento histórico (lo que lleva a la intemporalidad de la sabiduría o no); generación y validación de instrumentos encaminados a evaluar la sabiduría con garantías (lo que implica una definición de sabiduría y la posibilidad de gestar instrumentos de evaluación de sabiduría por parte de personas «no sabias», como suelen ser los investigadores en psicología) y delimitación acerca de si «sabiduría» implica un dominio exclusivamente cognitivo o, además, lleva consigo otros procesos psicológicos (de rechazo, si la sabiduría está compuesta por procesos psicológicos conocidos y/o similares a los de la inteligencia o no). El reconocimiento de la dificultad definicional no debería impedir seguir trabajando en ello.

Debería llamarse la atención sobre un hecho que es a la vez, posibilitante y limitador de las acepciones «operativas» de «sabiduría» que existen en nuestros días: en buena cuenta están recogiendo más que la sabiduría propiamente dicha, opciones teóricas y prácticas muy cercanas a la «prudencia» aristotélica de la *Ética a Nicómaco*, tal y como se apuntó más arriba, se trata de «conocimiento orientado a la acción», en la que el buen consejo es importante, así como el análisis de las implicaciones funcionales acerca de la bondad de las propuestas y sobre problemas que son relevantes para la vida de los humanos.

PSICOLOGÍA Y PSICOLOGÍA DE LA SABIDURÍA

La psicología de la sabiduría se ha encontrado ausente, como temática y expresión, del desarrollo histórico de la psicología durante mucho tiempo, pese a que en la psicología contemporánea, los temas relacionados con la sabiduría se relacionan con diversas especialidades psicológicas, tales como: (a) la psicología evolutiva y, en especial de los procesos cognitivos en los períodos post-formal y de la cognición humana durante el envejecimiento, así como de la ontogénesis y evolución de la ética; (b) psicología de la religión y de la espiritualidad; (c) la psicología de la solución de problemas; (d)

inteligencias sociales, tanto las socio-personales como las socio-institucionales; (e) psicología del amor y de la convivencia familiar; (f) psicología del autocontrol personal; (g) bienestar individual y social, psicología clínica y de la salud y (h) cognición social referida a cuestiones importantes de la vida personal e interpersonal. Desde cada una de estas especialidades se puede rastrear la presencia de temática relacionada con la sabiduría.

Hasta hace un cuarto de siglo aproximadamente, la psicología ha ignorado el dominio de investigación de la sabiduría debido a distintas razones entre las que hay que señalar las siguientes: la dificultad en la contrastación «experimental» de concepciones y resultados que podrían corresponder a líneas de discurso filosófico convirtió a la sabiduría en un «exceso de equipaje» del que se debería desprender «la ciencia psicológica»; la definición de la ciencia como adscripción al método científico (y entendido éste de cierta manera) propició un reduccionismo metodológico en el que lo que no era susceptible del análisis científico-metodológico de «la ciencia psicológica» de la época, era rechazado como tema de investigación (lo que, aunque de manera menos radical, sigue estando presente en el quehacer psicológico de nuestros días); devaluación del conocimiento «popular» o lego y de sus asentamientos histórico-culturales, frente a un cientismo miope y bastante ingenuo; la sabiduría se entendía como una característica propia de ancianos y, por ende, de humanos a las puertas de una muerte cierta, por lo que resultaba un tema «terminal»; y, en último lugar aunque no por ello menos importante, asimilación de conocimiento serio y respetable en ciencia a los estudios muy controlados de laboratorio, con lo que la sabiduría, de hecho, representaba un tema casi imposible de tratar de manera científicamente respetable.

A partir de la segunda mitad de la década de los ochenta del pasado siglo se fue incorporando la sabiduría como tema de investigación debido a distintas razones, entre las que habría que contar las siguientes: las secuelas sociales no positivas de los modelos de desarrollo económico naturalista (una de las razones que estuvieron presentes en la aceptación y consolidación de las «ciencias sociales» en la segunda mitad del siglo XIX) llevaron a incorporar ideas y procedimientos «nuevos» que ayudasen a la solución no violenta de

conflictos; apertura epistemológica propiciada por la psicología social-cognitiva que amplió la significación de «conocimiento científico»; la ampliación de los modelos de «evolución cognitiva» hasta períodos posteriores a la adolescencia y, en conexión con ello, la ampliación de la psicología evolutiva a todo el ciclo vital humano, lo que obligó a estudiar fenómenos y procesos «nuevos»; la crisis del CI y del factor «g» como únicos componentes relevantes de la inteligencia (con la promoción de una psicología de las competencias humanas) y, para no alargar más esta enumeración, el replanteamiento de temas y modos de conocimiento científico en un intento por ampliar el campo de la psicología y que ésta se preocupara más por ser «psicología» que por ser una rama del conocimiento científico-natural.

UNAS PRECISIONES ACERCA DE SABIDURÍA, INTELIGENCIA, CREATIVIDAD, SOLUCIÓN DE PROBLEMAS, O DIVERSAS HISTORIAS DE DESAMOR

Existen temas que se han mantenido ausentes en la tradición experimental y de trabajo de la psicología. La sabiduría, tal y como se ha dicho más arriba ha sido uno de ellos y pese a que se han estado tratando dominios psicológicos que se encuentran relacionados con ella. Uno de ellos ha sido la religión, que desde Williams James a finales del siglo XIX forma parte de todo derecho, del estudio psicológico y sin embargo este autor nada expuso acerca de sabiduría. En la actualidad, el estudio de la religión como fenómeno psicológico está cogiendo fuerza en la medida en que la «nueva espiritualidad» como opción post-materialista y post-moderna, posee importancia social; la tercera parte de la humanidad se confiesa creyente en una u otra religión y el fracaso de las concepciones materialistas como estructuras vertebradoras de la sociedad contemporánea está dejando huecos que van siendo llenados por teorizaciones y modos de entender la realidad cargadas de ese nuevo espiritualismo.

Las preocupaciones hacia mitad del siglo XX acerca de la creatividad, se ocuparon mucho más de la creación en la ciencia natural que de su contrapartida en las ciencias sociales y, posiblemente por ello, se soslayó la temática de creación en el mundo sociopersonal, que podría haber contribuido sustantivamente a una revolución en psicología. La

aventura del «pensamiento creador» se diluyó en pruebas de laboratorio y se fue agotando al no encontrar más que atisbos que eran sugerentes de «originalidad» pero sin peso social ni personal fuerte hasta convertirse, en buena cuenta, en una actitud de apertura ante el análisis de tareas escolares dentro de una concepción evolutiva que, hasta el momento al menos, no se ha plasmado en elementos sustantivos que sean independientes de la inteligencia académica. Y su continuación en psicología se ha unido a la superdotación y al estudio de la genialidad (y en este campo, no ha habido apelaciones a sabiduría ni siquiera como correlatos de los procesos teóricamente principales, Cfr. Eysenck, 1995; Robinson, 1995).

El estudio procesual del «pensamiento» se convirtió en la «psicología de la solución de problemas»...conectados con los procesos de abstracción y generalización de la inteligencia «académica» y caracterizados por un isoprocesualismo de base (los problemas a estudiar eran de poca trascendencia porque importaban las fases o los procesos de solución, que se suponían eran los mismos para decidir el color de una próxima luz en un experimento que si se dejaba o no a la pareja en una relación bipersonal). Una opción alternativa inspirada en una reinterpretación de la psicopatología ha tenido más suerte: el supuesto principal era que la psicopatología humana era comprensible como aquellos problemas que tenían los humanos en su relación y que no eran capaces de resolver y, a partir de aquí, la posibilidad de generar estrategias de intervención en la solución de los «problemas de vida». En buena cuenta, la unión de las tradiciones de solución de problemas y de psicología clínica facilitó el estudio de atributos psicológicos comprometidos con la solución de los problemas interpersonales que se aplicaron, de inmediato a la clínica psicológica y a los conflictos de pareja (desde la terapia de solución de problemas a las habilidades interpersonales, Pelechano, 1984, 1991, 1994, 1996, 1999) e incluso con la propuesta de teorías de inteligencias múltiples (Gardner, 1983, 1993, Pelechano, 2000). Esta rama de la psicología ha aislado factores y dimensiones relevantes para la solución de esos problemas interpersonales que podrían ser reinterpretados, sin extorsión alguna, como elementos constitutivos de la solución de problemas propios de las tareas de «sabiduría», lo que va a ser presentado más adelante.

La «inteligencia» académica, evaluada por tests de factor «g» y/o de razonamiento general (con lenguajes formales y naturales) sería una condición necesaria, pero no suficiente para la aparición de sabiduría en el sentido de que se requeriría un mínimo de inteligencia general para que aparezca el conocimiento «sabio».

La creatividad (el «pensamiento creador») puede encontrarse presente o no, y, en la medida en que la creatividad científica natural y social tiene tendencia a ir acompañada de algunos problemas de funcionamiento personal (con cierta frecuencia depresión, aunque no de manera exclusiva), se alejaría de la aparición de sabiduría en estas personas.

La «inteligencia social» entendida como elementos de funcionamiento personal-cognitivo que van orientados al éxito y al reconocimiento social en este mundo contemporáneo competitivo y estresante son elementos que tienden a excluir la sabiduría. El otro aspecto de la inteligencia social (la inter e intrapersonal) que se orienta a la comprensión humana y a la solución de problemas intra e interpersonales de forma no agresiva serían componentes de la sabiduría personal, que es la que, por ahora, ha sido objeto de estudio dentro de la psicología.

CONCEPTUALIZACIONES ILUSTRATIVAS INICIALES

Como en muchos temas psicológicos, pueden diferenciarse entre *concepciones psicodinámicas*, no exclusivamente científicas y opciones científicas.

Entre las primeras, Jung propuso una concepción culturalista de la sabiduría. En el dominio de la transmisión de conocimientos socialmente importantes diferenciaba entre sociedades iletradas y letradas. En las primeras, existía un depósito de conocimientos relevantes acerca de los problemas importantes y de gran interés para el grupo o para los individuos, representado por los ancianos. Este conocimiento, formaría parte del inconsciente colectivo y se conservaría en el folklore y en los cuentos. Su origen se encuentra en el diálogo interpersonal y es el origen de la tradición de «sabio» y de «sabiduría». Siendo una intuición valiosa, desgraciadamente, no logró una operacionalización acerca de los modos y maneras de funcionamiento de este conocimiento.

Otro antecedente de interés se encuentra en Erikson y su propuesta acerca de los estadios de desarrollo humano. Diferencia ocho y cada uno de ellos se encuentra definido por un par de opuestos: el paso de uno a otro se alcanza con la superación de la contradicción propia de cada estadio y la aparición de una «virtud». El último estadio lo identifica como integridad del yo frente a desesperanza y su solución es el logro de un tipo de conocimiento especial acerca del sentido de la vida, continuidad de la especie a través de la descendencia, una personalidad equilibrada e integrada y representa el final de la evolución ontogenética, como fruto de encuentros interpersonales y a esto lo llamó sabiduría. Nada dice este autor respecto a la manera de traducir sus intuiciones y propuestas en una acción adecuada, no operacionalizó los conceptos básicos empleados y, además, existen problemas graves respecto a la identificación del funcionamiento psicológico del anciano con este patrón, además de ubicar a la sabiduría en el dintel de la muerte (lo que no la hace especialmente atractiva porque, al «lograrla», se pierde hasta la vida). La idea de que todos los ancianos sean sabios resulta sugerente, aunque desgraciadamente, no es verdad.

Por lo que se refiere a las primeras *concepciones científicas* en los comienzos de los ochenta del pasado siglo pueden rastrearse la de Clayton y Birren (1980) que la identifica como una capacidad cognitiva distinta de la inteligencia puesto que mientras ésta se basa en la lógica proposicional que especifica reglas generales para representar sucesos concretos (de ahí su insistencia en el manejo de símbolos), la sabiduría sería la capacidad para entender y aceptar las paradojas y contradicciones de situaciones sociales concretas y lleva consigo soluciones significativas para problemas humanos concretos con el uso de la lógica dialéctica para sopesar las consecuencias derivadas de las acciones recomendadas. Brent y Watson (1980) por su parte, identifican a la sabiduría como una forma especial de inteligencia como capacidad de adaptación relacionada con la edad y compuesta por habilidades de comunicación, alta sensibilidad a claves verbales y no verbales y un bien desarrollado sentido del humor y de la compasión; se presenta en situaciones sociales e interpersonales. Meacham (1983) ha propuesto que la sabiduría es la capacidad para reconocer y tolerar las ambigüedades y las dudas acerca del mundo personal y

social. Llevaría consigo una valoración crítica acerca de lo que se conoce (esto es, reconocimiento de limitaciones del conocimiento) y una apertura a la novedad.

Desgraciadamente, ninguna de estas propuestas se ha plasmado en un aparato de evaluación adecuado, aunque los conceptos propuestos se encuentran presentes en las formulaciones contemporáneas.

Una línea de trabajo alternativa que ha servido como fermento de elaboraciones posteriores en distintos autores arrancó del análisis lego de la sabiduría o análisis de las similitudes y diferencias entre las expresiones lingüísticas relacionadas con sabiduría (entre ellas, inteligencia, sabiduría, sagacidad, intuición, anciano, etc.). Esta fue, de hecho, la primera aportación al estudio de la sabiduría desde un punto de vista experimental y a los distintos acercamientos se denominaron «teorías implícitas» de la sabiduría. Más adelante entramos en ello.

UNAS OPCIONES CONTEMPORÁNEAS RELEVANTES

No existe duda respecto al autor que representa una referencia necesaria para todos los que trabajan en sabiduría en nuestros días: P. Baltes, alemán, que durante muchos años trabajó en Estados Unidos en psicología evolutiva y que pasó a fundar y dirigir, hace dos décadas, el Instituto Max-Planck para el desarrollo humano de Berlín (Baltes y Smith, 1990; Baltes y Staudinger, 2000). La sabiduría es entendida como un sistema de conocimiento experto en la pragmática de la vida, operacionalizado en cinco criterios:

(i) Conocimiento fáctico profundo sobre la realidad de la vida (se refiere al conocimiento general sobre la naturaleza humana, las condiciones sociales, normativas y personales, así como un conocimiento específico sobre los sucesos psicológicos concretos, tales como emociones, vulnerabilidad y naturaleza temporal de estos sucesos);

(ii) Conocimiento procedimental acerca del cómo suceden las cosas (se refiere a modos de enfrentarse y manejar los problemas que incluye la flexibilidad en la planificación, aprovechamiento de la experiencia pasada para la solución de los problemas humanos,

jerarquización de metas y medios, análisis de las condiciones y consecuencias posibles así como estrategias adecuadas para aconsejar a personas sobre problemas humanos);

(iii) Interpretación contextualizada del ciclo vital (relacionar los contextos de vida con la edad, la cultura y la biografía individual, diferenciando entre sucesos no normativos como la muerte de niños o decisiones sobre viajes y sucesos normativos, conexión entre contextos de vida tales como laborales y familiares, reconocimiento de la existencia de coordinación, pero asimismo, de conflicto y tensión);

(iv) Relativismo («relativo») en los valores (conocimiento en valores y metas perseguidas en la vida, distanciamiento entre sí mismo/a y valores, descentralización entre personaje y sucesos de alrededor; todo este relativismo debe enmarcarse dentro de un sistema de valores absoluto que recoge los derechos humanos básicos) y

(v) Conocimiento acerca de las incertidumbres y ambigüedades de la vida y su manejo (aceptación de que la vida es relativamente impredecible, manejo de la incertidumbre).

La evaluación es compleja y laboriosa: se le plantea a cada individuo uno o dos problemas complejos sobre situaciones de vida y se le pide que «piense en voz alta» acerca de las soluciones que se le ocurran. Se graban las respuestas que son analizadas posteriormente en función de los criterios que se han mencionado más arriba y se diferencian dos niveles: en el primero se habla de «conocimiento relacionado con sabiduría» si la puntuación en cada uno de los criterios es menor a 5 (sobre una escala de siete intervalos) y «conocimiento sabio» si la puntuación en los criterios es de cinco o superior. Los resultados alcanzados sugieren que se trata de un dominio que aparece, al menos, desde la adolescencia, que su evolución ontogenética no es lineal y que se dan diferencias entre grupos criterio (los psicólogos clínicos tienden a alcanzar puntuaciones más altas; así como los ancianos berlineses considerados como «sabios» por especialistas en comunicación, frente a los que no lo son), es independiente prácticamente de la inteligencia general y de las dimensiones básicas del funcionamiento personal y no son bien conocidos todavía los procesos involucrados en su gestación y fomento. Habría que decir, asimismo, que existen problemas metodológicos serios en la operacionalización de los tres últimos

criterios, así como su relevancia «absoluta» y además, la adecuación de los problemas planteados respecto a los criterios definicionales posee más de una limitación. En gran medida, nuestros resultados respecto a la contrastación del modelo de Berlín con muestras españolas han sido coherentes con todo lo dicho.

Una segunda opción, menos elaborada, la ha presentado Robert J. Sternberg en distintas ocasiones y la ha ido modificando hasta plasmarla en una «teoría del equilibrio» (1998) en la que sabiduría representa una forma de inteligencia «social» o práctica en la que predominan fines de bienestar individual compatibles con el bienestar social (equilibrio entre eficacia individual y grupal-colectiva; de uno mismo y de los demás). Curiosamente, mientras no ha publicado hasta el momento un instrumento o dado a conocer una técnica de evaluación de esa «sabiduría», informa que está dirigiendo un programa educativo en New Haven con escolares de primaria y encaminado a promover la sabiduría tal y como la entiende este autor.

Una tercera opción, en polémica con la de Baltes desde sus inicios es la de Monika Ardelt (2003) que entiende que la sabiduría se refiere no solo a un fenómeno cognitivo, sino que compromete a la persona total, como una integración de ciertas características cognitivas, reflexivas y afectivas. Los aspectos cognitivos se refieren a la comprensión de la vida y deseo de conocer la verdad y en especial referidos a temática intra e interpersonal, conocimiento asimismo de los aspectos positivos y negativos de la naturaleza humana, de los límites del conocimiento y de la incertidumbre y ambigüedad de la vida. Bajo la denominación de los procesos «reflexivos» Ardelt se refiere a la percepción de los sucesos y fenómenos desde perspectivas distintas, lo que requiere auto-análisis y auto-conciencia. Los aspectos «afectivos» se refieren a la presencia de emociones positivas y de acciones hacia los demás, así como ausencia de emociones negativas. Estas tres facetas se encuentran operacionalizadas en un cuestionario de 39 ítems (el *3DS-WS*) que ha sido validado, en cuanto a composición interna, utilizando ecuaciones estructurales aunque la evidencia empírica de validez externa resulta escasa por no decir nula. La «evidencia» procede, básicamente, de reanálisis de resultados obtenidos en estudios longitudinales y de forma indirecta, no se conocen correlatos explícitos de puntuaciones en cuestionario y los

dominios principales del funcionamiento social, ni tampoco curso evolutivo de los mismos (se ocupa, principalmente, de ancianos).

UNA PROPUESTA DE TRABAJO

Desde hace ya unos años nos estamos ocupando en la elaboración de una propuesta sobre sabiduría cuyos antecedentes se encuentran en nuestros trabajos sobre competencias múltiples, inteligencia sociopersonal y habilidades interpersonales, en la medida en que diversas facetas de las que proponen los autores mencionados se encuentran reflejadas en las diversas baterías de habilidades interpersonales que hemos validado a lo largo de más de un cuarto de siglo (empatía cognitiva, asunción de perspectivas, búsqueda de soluciones alternativas, atribución causal, previsión de consecuencias y segmentalización). El trabajo realizado posee un conjunto de supuestos entre los que hay que destacar los siguientes:

(a). La «sabiduría» (como saber vivir) se refiere a un dominio básicamente sociocultural. De ahí que no está claro que exista «la» sabiduría, sino distintas sabidurías referidas a distintos contextos históricos y culturales.

(b). Nos restringimos a sabiduría en los dominios intra- e interpersonales y con el máximo bienestar posible individual y en grupo (o en todo caso, bienestar individual no alcanzado a costa del malestar de los demás). Se deja de lado la sabiduría en contextos institucionales y políticos, así como el descubrimiento y entramado de la estructura formal del universo.

(c). De ahí, la restricción a análisis cultural, en primer lugar, de nuestro entorno y, como ampliación a la cultura mediterránea occidental. No quiere esto decir que no se acepten influencias culturales de otros contextos históricos, pero se trataría, de «influencias» y no de determinantes poderosos.

(d). Esta limitación cultural intenta recuperar parte de las tradiciones occidentales soslayadas en gran medida por la investigación. Como «depósitos» se apela hasta el momento a la sabiduría popular depositada en los refranes, a estoicismo y epicureísmo como escuelas de pensamiento influyentes en gran parte de nuestra historia cultural; finalmente, deberían tomarse en cuenta los elementos de «sabiduría»

que se encuentran presentes en la capacidad de supervivencia individual en un sistema de trabajo, producción y relaciones humanas contemporáneos.

(e). Como dominios psicológicos a tomar en consideración se encuentran el autocontrol personal, la flexibilidad y búsqueda de alternativas de solución de los problemas, manejo de la incertidumbre (o ambigüedad), junto con astucia y prudencia. La inteligencia general y los rasgos básicos de personalidad poseen una importancia significativa aunque secundaria.

(f). La sabiduría no se identifica con ningún proceso conocido y no representa un atributo estable y permanente en los seres humanos sino que se trata de un atributo contextual. No existe, por tanto una respuesta sabia «concreta» que sea válida para todos los contextos de vida y en todos los tiempos. En todo caso, un elemento relevante de la sabiduría es encontrar las respuestas más adecuadas en cada contexto y lo que vale para uno no vale, necesariamente, para otro (se trataría de una reflexividad contextualizada).

(g). Usualmente, las expresiones «sabias» encierran un significado funcional que está más allá de la propia expresión verbal. Así, por ejemplo «El aceitero, las manos se unta» no se refiere específica y exclusivamente a un aceitero.

(h). La sabiduría implica un tipo de conocimiento prescriptivo, en el sentido de que lleva a acciones concretas (de hacer o no hacer algo, o de una u otra manera).

(i). Sabiduría se refiere a cuestiones y maneras no académicas de analizar la realidad, en sentido convencional, aunque son susceptibles de ser investigadas con procedimientos académicos.

Hemos generado, hasta el momento seis instrumentos distintos (baterías, cuestionarios y tests) que cubren gran parte de los contenidos a los que se ha hecho referencia y, además, en versiones para adolescentes y para adultos y han participado, hasta el momento más de 1200 personas, en un rango de edad que va desde los 12 hasta los 65 años. En un apretado resumen de los resultados alcanzados habría que reseñar lo siguiente:

1. En el acercamiento lego al estudio de la sabiduría deberían diferenciarse dos «escuelas». La *primera*, se denominaría de teorías implícitas sobre la sabiduría y se corresponde con el estudio lingüístico

de términos relacionados con sabiduría, con el fin de poder apresar los límites y extensiones de lo que es percibido como «sabio», sabiduría, inteligencia y términos que sean relevantes para el estudio de la sabiduría. En este caso, los resultados alcanzados muestran que los adolescentes diferencian bastante bien «inteligente» de «sabio». Esta diferencia desaparece en la fase adulta (y en especial a partir de los 30 años) para subsumirse en un conglomerado global con todas las expresiones. Sin embargo, al pormenorizar el análisis parece que se descubre, en el caso de los adultos, dos agrupaciones de elementos: una que se refiere a expresiones de eficacia social y cognitiva junto a la percepción del anciano; y otra en la que se encuentran las expresiones relacionadas más lejanamente con los aspectos cognitivos de sabiduría y entre las que se encuentran amable, comprensivo y pacífico como ejemplos representativos. Esto implicaría que el «sabio» es percibido comúnmente más como inteligente que como bondadoso, asequible y pacífico, y daría razón de las propuestas de Sternberg frente a las de Ardelt, al menos, en la percepción de las relaciones entre conceptos relevantes para la sabiduría.

Sucedo, además, que la «imagen ideal» de adolescentes y adultos no es convertirse ni ser calificados como «sabios» sino o bien como inteligentes y sagaces, o bien como pacíficos y bondadosos. Esta tendencia tiende a desacelerarse con la edad y a invertirse poco después de los 30 años.

Esta primera manera de entender el problema se identifica como «modelo implícito» de sabiduría en la medida en que se trata de dilucidar las implicaciones y relaciones que presentan las expresiones lingüísticas relacionadas con sabidurías y otros campos semánticos afines o relacionados.

En resumen, se trata de hacer explícitas las teorías implícitas que se poseen y se utilizan por parte de humanos no especialistas en el tema, con el propósito de conocer la manera de manejarse que tienen las personas con las expresiones más o menos relacionadas con sabiduría. La reciente revisión de Bluck y Glück (2005) recoge el sentido y otras aportaciones a las que acaban de presentarse.

La *segunda acepción* de «acercamiento lego» que proponemos es la que apela a los *refranes, proverbios y decires* como depósito de conocimiento sabio. Aquí la idea de sabiduría es explícita y se identifica

con nitidez lo que representa una acción sabia de otra que no lo es. La revisión de refranes de contenido interpersonal llevó a un cuestionario con una solución monofactorial (N=416 adultos) que se identificó como *diligencia prudente* y que comprende las siguientes facetas de interés: saber olvidar y aguantar («Quien no sabe aguantar, no sabe alcanzar», o «Lo que no se puede remediar, se ha de aguantar»), restricción de deseos («En lo que no te quieras acostumbrar, no te debes ejercitar»), persistencia en la tarea («Puesto a empezar, sigue hasta acabar») y cierto conformismo y previsión de futuro («Quien todo se lo almuerza, ni come, ni cena»).

2. En el tratamiento dimensional de componentes de sabiduría se han elaborado y validado parcialmente los siguientes instrumentos y factores para adolescentes y adultos (instrumentos distintos para cada fase evolutiva):

2.1. *Intolerancia de la ambigüedad*, referida a intolerancia en la dilación de la respuesta y en la duda ante la acción propia o ajena, teñido con un personalismo individualista (insistencia en valor del individuo frente al grupo).

2.2. *Cuestionario de sabiduría estoica* que ha dado lugar a una solución en primer orden de tres factores y no todos ellos coherentes con la acepción estoica de renuncia a bienes materiales y acento en control personal. Podría decirse que se encuentran componentes estoicos en el funcionamiento personal, pero sin integrar en un posicionamiento teórico y justificativo coherente.

2.3. *Cuestionario de sabiduría epicúrea*, con una solución monofactorial en segundo orden y con mayor coherencia que en el caso anterior con la posición de Epicteto. Se trata de la renuncia al logro de placer que no se encuentre dentro del ámbito del control personal y asimilar el bienestar con la ausencia de dolor y sufrimiento (lo que sabemos que no recoge exactamente la complejidad relacional entre emociones y sentimientos), defensa del sosiego personal, del logro de pequeños placeres cotidianos y devaluación del poder. Hay que decir, además, que los resultados indican que no se tiende a puntuar muy alto en esta escala.

2.4. *Escala de prudencia-astucia elaborada* a partir de la obra del pensador español del siglo XVII Baltasar Gracián. Se trata de elementos que recogen en una solución monofactorial defensa de la honestidad

personal y la racionalidad en la planificación de acciones junto a prestación de ayuda a los demás.

2.5. *Escala de sabiduría contemporánea*, con el fin de apresar la acepción de sabio como persona eficaz en un sistema de producción contemporáneo. Dos dimensiones claras han aparecido tanto en adolescentes como en adultos: un factor de voluntarismo persistente orientado al éxito y otro de manejo de situaciones de negociación con valoración de medios para logro de fines.

2.6. Finalmente, hasta el momento, una remodificación de las baterías de habilidades interpersonales para estas fases evolutivas en las que entran a formar parte aspectos de temporalización (inmediata o no), valoración adaptativa de propuestas de solución y detección de problemas que pueden aparecer en el proceso de solución.

Los resultados hasta ahora son bastante claros: no existe un factor único que explique los resultados de las pruebas sino que parecen existir, dependiendo de las variables en el análisis entre tres y cuatro factores de sabiduría. Las relaciones con dimensiones de personalidad son significativas aunque no intensas y, de ninguna manera los resultados son atribuibles a la inteligencia tal y como es evaluada por la psicología de nuestros días. Además, el papel que desempeña la ambigüedad (incertidumbre) en pensamiento y acción es, asimismo, ambiguo. Representa, eso sí, una fuente de diferencias individuales que mantiene relaciones importantes con las habilidades en solución de problemas interpersonales, si bien la forma y manera concretas de relacionarse y, desde aquí, pasar a la generalización de resultados asentados en programas de entrenamiento en habilidades interpersonales resulta un tema abierto que estamos investigando.

IMPLICACIONES Y SUGERENCIAS PARA LA INTERVENCIÓN EN CLÍNICA PSICOLÓGICA

Cuatro tipos de sugerencias, al menos, cabe apuntar en este contexto: la primera, cercana a la acepción teórica de la sabiduría se refiere a afirmaciones no justificadas científicamente y que se asumen como verdaderas en las terapias psicológicas y que formarían un primer bosquejo de cuerpo doctrinal de «sabiduría psicológica en

clínica». La segunda, la presencia de «teorías legas» de sabiduría dentro de la práctica psicológica. La tercera, la presencia de aspectos de psicología de la sabiduría dentro de procesos y técnicas terapéuticas. En cuarto lugar, el «objetivo» que se persiguen en las distintas terapias.

Debe quedar explícito desde aquí que sin menosprecio alguno acerca del pensamiento filosófico (muy al contrario), en lo que sigue no se defiende la posición que afirma que en el pensamiento filosófico se encuentra «la respuesta adecuada» al sufrimiento psicológico humano. No se defiende la idea de más Platón y menos prozac, sino menos Platón y más conocimiento psicológico científico. Si no existe, se hace «lo que se pueda» a base de teorías legas, pero la filosofía no es la solución en la medida en que no parece que después de muchos siglos en su ejercicio se hayan resuelto los problemas, ni alcanzado un consenso acerca de vías posibles de solución asentadas en pensamiento filosófico.

(1) Elementos básicos de «sabiduría» en las terapias psicológicas: las creencias sin base empírica que subyacen a la mayoría de terapias psicológicas. - En los últimos años se viene proponiendo a la psicología de la sabiduría como un metaheurístico vertebrador de la teoría psicológica humana. De manera menos ambiciosa, puede ubicarse a la psicología de la sabiduría como el lugar de análisis de elementos que subyacen a la práctica terapéutica y que están incidiendo en ella. Se trata de un conjunto de afirmaciones cuya base empírica es desconocida y cuyo valor de verdad se asume sin análisis crítico, formando parte del «sentido común» del terapeuta. Hace unos años, Mahrer (2000, 2003) ha ofrecido una exposición y análisis de un conjunto de afirmaciones que se encuentran presentes en la mayoría de terapias psicológicas, que se localizan en distinto nivel epistemológico, que se refieren a dominios distintos y con un grado de contrastabilidad muy difícil, cuando ésta es posible. Se trata de creencias básicamente implícitas que se encuentran presentes en frases aceptadas, prácticas comunes y «validaciones» asumidas más que contrastadas y, finalmente, tienden a convertirse en partes de una verdad genérica más global. Sin pretensión alguna de agotar el campo, pueden enunciarse las siguientes afirmaciones que presentarían poca resistencia en su aceptación por parte de la mayoría de terapeutas:

(1.1) Existe un cuerpo acumulativo de conocimientos en terapias psicológicas, que se encuentra asentado en conocimientos «básicos» y de investigación directa pensada y realizada para lograr la validación de esas terapias.

Toda «nueva» terapia ha sido presentada a la consideración de la comunidad científica y profesional, avalada por experimentos más o menos controlados y que lleva a la base modelos básicos de aprendizaje y/o de solución de problemas. La «terapia de conducta» lo hizo «desde» la psicología del aprendizaje, básicamente conductista. Aún cuando todavía existan terapeutas que defiendan que los procesos de aprendizaje conocidos son los que «justifican» los cambios terapéuticos, la verdad es que hace ya casi tres décadas que se acepta que la base experimental de los procedimientos y técnicas terapéuticas utilizadas es muy endeble, cuando no analógica y débil; e incluso inexistente. La pretendida «cientificidad» de las terapias psicológicas se encuentra en entredicho desde hace más de tres décadas y tan solo la ingenuidad y una posición acrítica y de *bona fide* puede defender en nuestros días esta posición de cientismo. Y ello no ha llevado consigo la disminución de la aplicación de «terapias psicológicas», antes bien, se han incluso multiplicado y presentado bases teóricas y experimentales muy débiles, con el comprensible afán de ayudar a los humanos que sufren. Sería urgente llevar a cabo una «refundación» científico-psicológica de las prácticas terapéuticas; en su ausencia, se siguen aplicando las técnicas conocidas por parte de cada profesional sin aquella pretendida justificación inicial.

(1.2) Existen estadios biopsicológicos de desarrollo y crecimiento personal, presentes en todos los seres humanos, de todas las culturas y en todos los tiempos.

La polémica en torno a «estadios» de desarrollo psicológicos arranca, al menos, desde el primer tercio del siglo XX. El estudio del desarrollo ontogenético motor sirvió como «modelo» para el resto de dominios psicológicos, incluido el cognitivo y emocional. Los resultados, sin embargo, distan mucho de ser aceptados por todos los profesionales. La evolución motora exige el paso de unos estadios a otros de manera coherente, la definición de lo que es un estadio (en principio, con una fuerte correlación entre los distintos componentes) y el pautado de todos los procesos de ese dominio apelando a esos

componentes. El caso es que una célula motora tiene unas leyes y formas de coordinación que no tienen que ser los mismos necesariamente que las características cognitivas. Y éstas asimismo pueden funcionar de forma distinta a las emocionales. De hecho los «estadios» de evolución cognitiva parecen ser más claros en los primeros años de desarrollo y, por lo que se refiere a las emociones y las interacciones entre los distintos dominios psicológicos no parecen seguir los patrones evolutivos sugeridos por los defensores de los estadios (como las primitivas leyes de desarrollo evolutivo de Gesell). El impacto de las nuevas maneras de aprender y nuevos materiales como los procedentes de las nuevas tecnologías (Internet, teleprocesos, realidad virtual) representan retos y parcelas para las que la psicología no tiene una respuesta científica adecuada tanto a nivel de dominios concretos como de interacción secuenciada de dominios.

(1.3) Existen trastornos, vivencias mentales patológicas y enfermedades. Y las terapias psicológicas constituyen el tratamiento adecuado de los problemas psicológicos, del sufrimiento, de los trastornos mentales y de los problemas de vida.

La cruda realidad es que las distintas terapias científico-psicológicas tienen, hoy por hoy, un marco de actuación concreto. Han demostrado una considerable eficacia en el tratamiento de problemas puntuales tales como ansiedad, y sus diversas formas, algunos tipos de depresión, algunas formas de discapacidad y problemas que tienen, en general, límites precisos. Cuando se trata de trastornos complejos como los trastornos de personalidad y los problemas psicológicos aparejados con psicosis y enfermedades crónicas graves (como cáncer), queda muchísimo por hacer y ello no significa tan solo mayor trabajo científico experimental sino, asimismo teórico (el caso del dolor crónico es un tema crucial y sin resolver). A la vista de la ausencia de conocimientos, lo que hace el profesional es «lo que puede» ante el caso concreto que se le presenta. Y, en unas ocasiones puede aplicar conocimientos específicos y en otras, acude a instancias que han sido poco estudiadas científicamente aunque funcionan con una considerable eficacia como las asociaciones de grupos de enfermos en el caso de enfermedades crónicas graves (cáncer, enfermedad renal terminal, actuaciones en caso de enfermos terminales y sus

familias), así como asociaciones y movimientos religiosos o de nueva espiritualidad. No pensamos que ésta sea la solución pero sí refleja una realidad que es más frecuente de lo deseable.

(1.4) Los psicólogos prácticos evalúan y diagnostican el problema para, después, seleccionar y aplicar el tratamiento adecuado (si hay fracasos, el problema no se debería principalmente a los procedimientos, técnicas o modelos, sino a las maneras de aplicar estas técnicas).

Es verdad que se evalúa, diagnostica y se aplican terapias que son eficaces. Pero, también lo es, que en diversos campos, no contamos con conocimientos científicos suficientes y adecuados. Así, vaya por caso, el trastorno límite de la personalidad, o el narcisista, se presentan como rótulos con escaso conocimiento contrastado científicamente acerca de su dinámica y su estructura personal y, por lo mismo, los recursos terapéuticos válidos no son especialmente numerosos. En estos casos (y no son desgraciadamente los únicos), los profesionales se encuentran con un escaso repertorio de conocimientos contrastados y, por lo mismo, deben actuar guiados por su propia experiencia y su sentido común, para «hacer lo que pueden». Y, además, la importancia del contexto es considerable dentro de los problemas psicológicos complejos y no tenemos muchos datos contrastados aplicables a estos contextos terapéuticos. Lo que hace el profesional es «generalizar» de lo que recuerda y se le ocurre en cada momento. De aquí, si se fracasa, la responsabilidad no habría que atribuirle a una mala aplicación sino a un desconocimiento de procesos básicos y relevantes, que no es un *status* propio del profesional sino de la psicología.

(1.5) Para tener éxito en las terapias se exige una relación adecuada entre paciente y terapeuta, así como una comprensión adecuada y una intuición certera respecto a los problemas y recursos del paciente.

La apelación a la relación terapéutica y la empatía son reiteradas en los últimos cien años de psicología y existe un cierto volumen de resultados que parecen atestiguarla. Sin embargo el hecho de que se haya tenido éxito con ellas no quiere decir que sea el único procedimiento eficaz. La implantación de nuevas tecnologías de realidad virtual ha cuestionado la idea de «realidad» y de «contacto personal» que se encuentran en proceso de redefinición. Sabemos

en la actualidad que al repetir experimentos clásicos sobre influencia social y capacidad de castigo en una situación estándar, como los estudios clásicos de Milgram, con una tecnología de realidad virtual, los resultados alcanzados en condiciones virtuales y en condiciones «reales» son indistinguibles. Y sabemos, además, que la presentación de material mediante técnicas de realidad virtual posee una gran relevancia para el tratamiento de fobias específicas y trastornos de pánico, por lo que la «empatía» debe ser o bien redefinida o puesta en una posición menos relevante que la dada hasta el momento.

Desde otra perspectiva, el propio Mahrer propone unas líneas genéricas que permitan un análisis crítico de estas creencias, entre las que se cuentan las siguientes: (i) hacer explícitas la lista de creencias fundamentales que se aceptan en cada caso y, una vez inventariadas, eliminar una y analizar las derivaciones que ello lleva consigo; (ii) crear modelos terapéuticos alternativos y comprobar si en ellos se mantienen o no las mismas creencias, así como modificar la condición o el estado de la cuestión, el conocedor de la creencias y la relación entre condición y conocedor-analista; (iii) diferenciar entre investigaciones realizadas *desde* una u otra creencia (usualmente con resultados confirmatorios), de las investigaciones realizadas *sobre una u otra* de las creencias.

Aunque no existe una manera segura de separarse de estos sistemas, importa ser consciente de ellas y recabar una o más de las opciones apuntadas.

(2). *Presencia de teorías legas de sabiduría en la práctica psicológica.*- En buena cuenta, excepto en los problemas concretos de discapacidades cognitivas operacionalizadas, la idea que guía la mayor parte de prescripciones terapéuticas van encaminadas a hacer del paciente una persona mas «sabia». Se cultivan, para ello, hábitos de recogida y análisis de la información para poder presentar los problemas en su justa dimensión y acercarse a poder «desprenderse» de la carga emocional que tienen los problemas vividos por el paciente. Desde la observación «objetiva» (que significa alejarse de la emoción conectada a la percepción de los hechos), la descarga emocional, no huir de los problemas como se presentan, evitar el afrontamiento directo en muchos casos y el tomar en cuenta las cuestiones tal y «como son» más que «tal y como parecen» exige un «separación»

del paciente de su propia experiencia sensible para poder alcanzar un nivel de abstracción y frialdad que permita una acción clara y eficaz.

Una gran cantidad de estas prescripciones corresponden a un buen y suficiente «sentido común»: pensar antes que actuar, no ser regido por las emociones directas que activan las situaciones, distanciarse de los problemas para poder objetivarlos, ser sensatos y prudentes en el pensamiento y la acción, ser antes personas que profesionales, compatibilizar trabajo y vida personal y necesidad de dedicar tiempo a la sociedad y a los demás (trabajo) para poder vivir en este mundo son afirmaciones que tienden a ser frecuentes en muchas de las recomendaciones que hacen los terapeutas en la práctica y que resumen parte de los objetivos a alcanzar y de las maneras concretas de hacer, pensar y sentir de los terapeutas en acción.

(3). *La sabiduría en los procesos y técnicas terapéuticas.* - Al margen de las concretas técnicas de intervención, casi la totalidad de terapias psicológicas inciden en unos puntos comunes con la psicología de la sabiduría:

(3.1) La conveniencia en el análisis de las múltiples dimensiones que presentan los problemas psicopatológicos (multiplicidad de perspectivas, dimensionalización y jerarquización de los distintos subproblemas detectados) forma parte de los tres modelos funcionales de la sabiduría anteriormente expuestos. Y se sabe que estos atributos son susceptibles de entrenamiento.

(3.2) La búsqueda de soluciones alternativas, de atribuciones causales distintas y de previsión de consecuencias, formaría asimismo, parte del repertorio terapéutico del psicólogo clínico y forman parte, asimismo, del último modo de estudio de la sabiduría que se ha expuesto. Son cualidades susceptibles de entrenamiento si bien su modificación resulta mucho más difícil al encontrarse ubicados psicológicamente en un nivel cercano a las creencias.

(3.3) Mención aparte merece el análisis de la tolerancia de la ambigüedad-incertidumbre. Los resultados alcanzados sugieren que su papel depende del tipo de cuestión y de la manera de análisis que identifica a la persona que presenta el o los problemas. En general cabría defender la idea de que el reconocimiento de incertidumbres, de desconocimientos y de situaciones no-claras, forma parte de una actitud sabia ante la vida. Pero, a la vez, la incertidumbre, como la

duda, no debe ser sistemática sino metódica: debe mantenerse hasta tener claridad y posicionamientos claros (en este sentido se relaciona con el problemático aunque real criterio del «relativismo» en valores... con tal de que este relativismo no se sitúe directamente en contra de los derechos humanos o a favor del «derecho de estado»). A veces, el terapeuta debe insuflar incertidumbre en el paciente (en especial, si se trata de trastornos enequéticos, de obsesiones y/o pensamiento dogmático); en otras ocasiones debe reducir esa incertidumbre y en especial cuando se trata de inseguridad e inestabilidad emocional (y en ciertos casos de depresión).

(3.4) Lo que acaba de decirse representa una llamada de atención hacia aquellas opciones que defienden la negación de la ciencia a favor de un intento racionalista o de conocimiento histórico de la historia del pensamiento. Los resultados que hemos obtenido sugieren que los posicionamientos filosóficos que gozan de cierto prestigio, como el epicureísmo y el estoicismo, en nuestros días no representan una opción coherente, válida y defendible desde presupuestos terapéuticos: se encuentran elementos de una y otra posición en el funcionamiento psicológico «normal» de nuestra sociedad contemporánea, pero que se integran en ese funcionamiento junto a otros que representan, teóricamente, aspectos contrarios cuando no contradictorios entre sí. Una vez más, la «racionalidad» lograda a partir de presupuestos «lógico-racionales» no parece encontrarse refrendada por los resultados empíricos.

Dentro de este punto quizá merezca unas palabras la ampliación y modificación de formas de entender el apoyo psicológico.- No cabe duda de que uno de los recursos clínicos eficaces es el denominado «apoyo psicológico y social». Lo que no quiere decir que existan límites definidos a lo que significa ese «apoyo». En nuestra investigación sobre enfermos crónicos descubrimos que una laguna que existe en la sociedad española contemporánea es la desconfianza que existe respecto a la religión y la espiritualidad como elementos de consolución social, cuando existen datos de que estos aspectos pueden ser aspectos valiosos que ayuden a tolerar el sufrimiento inescapable. Datos publicados sugieren que el 75% de pobladores humanos de este planeta se adhieren a alguna forma de espiritualidad o creencia religiosa y que ello representa una fuerza que bien podría

ser orientada o utilizada para el alivio del dolor y el sufrimiento humano por un lado y, por otro, para el logro de un estado de plenitud y desarrollo de potencial humano. S. G. Mijares (2003) se ha encargado de compilar las distintas prácticas sanadoras que se encuentran presentes en las distintas tradiciones religiosas que van desde el taoísmo, el budismo y el zen hasta el cristianismo, pasando por el judaísmo y el sufismo. Uno de los objetivos que poseen estas tradiciones de pensamiento es el logro de un desarrollo del potencial humano y para ello proponen la aplicación de técnicas psicológicas de control personal. Y, al igual que existe una medicina alternativa que hay que tomar en consideración para ciertos problemas que la medicina oficial no tiene resueltos, habría que tomar asimismo en consideración esas «psicoterapias alternativas» para poder aprender prescripciones útiles a partir de las propuestas prácticas sanadoras de estas opciones.

(4). *El objetivo perseguido en las distintas terapias psicológicas.*- Existen dos tipos de objetivos que subyacen a las terapias psicológicas. Unos que son genéricos y otros específicos. En cuanto a objetivos genéricos, el primero es «*non nocere*», al que seguiría la gestación de un sistema de funcionamiento personal que no solamente eliminara el problema actual, sino asimismo, todo problema futuro (en definitiva, el logro de la «felicidad» en el mayor grado posible. Por lo que se refiere a objetivos específicos se trata de remover los obstáculos que impiden un funcionamiento personal eficaz, lo que llevaría consigo acciones terapéuticas tanto a nivel personal, como interpersonal dirigidas a emociones, acciones y pensamientos.

Estratégicamente, una relación terapéutica implica, al margen de la técnica concreta utilizada, que sea funcional (esto es, que permita alcanzar la meta para la que se ha establecido que es la eliminación del problema o problemas que la han motivado, o la reconceptualización del problema de manera que sea menos gravoso para el paciente (piénsese en el caso de enfermedades crónicas y problemas psicológicos dependientes de ellas, o la asistencia al enfermo terminal). Sin embargo, la idea de que la terapia debe eliminar de raíz el sufrimiento humano no sería una idea que fuera defendible desde posicionamientos de la psicología de la sabiduría y sin embargo formaría parte del modelo teórico conductista (aplicación de una u otra manera del principio del placer, en su versión de la ley del refuerzo, el ser humano se mueve

por búsqueda del placer y evitación del dolor), ni del modelo cognitivo al uso (el ser humano tiende a maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas), como tampoco debe eliminar todo estrés. En el modelo psicológico sugiendo desde la psicología de la sabiduría contemporánea, el ser humano es sujeto de placer y de sufrimiento y en ambos dominios se realiza la acción humana. La tolerancia al sufrimiento, que había sido expurgada de la acción psicológica en aras de una búsqueda sin fin de «bienestar» personal, debería ser reintegrada y no promovida (no se trata de una acción masoquista) pero sí aceptada porque, siendo realistas, en la actualidad no es concebible un ser humano sin esa capacidad de sufrimiento (conectada a tolerancia a la frustración y la fuerza del control personal).

Se ha apuntado que, de una u otra manera, el objetivo final de toda terapia psicológica sería el «logro de la felicidad». El caso es que en las terapias psicológicas no se hace explícito el modelo general del funcionamiento humano que lleva a esa «felicidad» y ni siquiera se hacen explícitos los atributos humanos (estructura) y la funcionalidad que identifican a la felicidad humana (no solamente en sus conceptualizaciones básicas sino asimismo en sus posibles diversificaciones operativas). Estos temas acerca de la felicidad, que están tomando importancia en psicología tan solo desde hace poco tiempo (Cfr. la primera edición de la monografía de Argyle (1987), y la segunda de 2001; la de Seligman (2002) y las propuestas parciales respecto a bienestar personal del grupo de Diener), se requiere de mucho mayor volumen de trabajo experimental, pero asimismo teórico al respecto y el marco de la psicología de la sabiduría puede ser especialmente adecuado.

NOTA FINAL

Se han ofrecido hechos e ideas acerca de una opción y especialidad en psicología que ha ocupado y está ocupando a académicos desde hace unas décadas con la esperanza de activar la curiosidad y el interés por el tema.

La admisión del dominio de la psicología de la sabiduría representa la apertura de nuevas perspectivas, la incorporación de modelos diversos y un elemento que puede ser referencia para la contrastación

de propuestas de intervención en clínica psicológica y, a la vez para ofrecer un marco conceptual que ayude a la integración de las múltiples y no siempre bien justificadas terapias psicológicas, más allá de ser una manera de hablar con el fin de convertir esta integración en modos de hacer y de ofrecer ayuda eficaz a las personas que presentan dolor o sufrimiento en gran medida gratuito. Que sea relativamente nuevo el tratamiento científico del tema, no quiere decir que no posea antecedentes de peso; y que no se conozca apenas, debería incitar a su estudio más que a su abandono.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Argyle, M. (1987). *The psychology of happiness*, Sussex, Methuen.
- Argyle, M. (2001). *The psychology of happiness, 2nd edit.*, Sussex, Routledge.
- Aristóteles. (1964). *Ética a Nicómaco*, en Aristóteles .- *Obras completas*, Madrid, Aguilar de Ediciones.
- American Psychological Association (2007). *Dictionary of Psychology*, Washington DC, American Psychological Association.
- Baltes, P. & Smith, J. (1990). Toward a psychology of wisdom and its ontogenesis. En R. Sternberg (ed). *Wisdom: Its nature, origin and development*, New York, Cambridge University Press.
- Baltes, P. & Staudinger, U. M. (2000). Wisdom: A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence, *American Psychologist*, 55, 122-136.
- Birren, J. E. & Fisher, L. M. (1990). Conceptualizing wisdom: the primacy of affect-cognition relations. En R. J. Sternberg (ed). *Wisdom: Its nature, origins, and development*, New York, Cambridge University Press.
- Birren, J. E. & Svenson, C. M. (2005). Wisdom in history. En R. Sternberg & J. Jordan (eds).- *A handbook of wisdom. Psychological Perspectives*, New York, Cambridge University Press.
- Brugman, G. (2000). *Wisdom: Source of narrative coherence and eudaimonia*, Delft, The Netherlands, Uitgeverik Eberon.
- Chandler, M. & Holliday, S. (1990). Wisdom in a postapocalyptic age. En R. Sternberg (ed). *Wisdom: Its nature, origins and development*, New York, Cambridge University Press.

- Clayton, V. P. & Birren, J. E. (1980). The development of wisdom across the life span: A re-examination of an ancient topic. En P. Baltes & O. Grim Jr. (eds). *Life-span development and behavior*, New York, Academic Press.
- Csikszentmihalyi, M. & Rathunde, K. (1990). The psychology of wisdom: An evolutionary interpretation. En R. Aternberg (ed). *Wisdom: Its nature, origins and development*, New York, Cambridge University Press.
- Eysenck, H. J. (1995). *Genius: The natural history of creativity*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gallup Organization (1997). *The Gallup Poll: Public Opinión 1996*, Wilmington, DE, Scholastic Resoruces, Inc.
- Kramer, D. A. (1959). O ye daughters of Sumer! En J. Thorndike (ed).- *The light of the past*, New York, American Heritage Publishing Co.
- Gardner, H. (1983). *Frames of mind. The theory oif multiples intelligences*, New York, Basic Books.
- Gardner, H. (1993). *Multiple intelligences. The theory in practice*, New York, Basic Books.
- Mahrer, (2000). Philosophy of science and the foundations of psychotherapy, *American Psychologist*, 55, 1117-1125.
- Mahrer, A. R. (2003). What are the foundational beliefs in the field of psychotherapy? *Greek Journal of Psychology*, 10, 1-19.
- Meacham, J. (1990). The loss of wisdom. En R. Sternberg (ed).- *Wisdom: Its nature, origin and development*, New York, Cambridge University Press.
- Mihares, S. G. (ed)(2003). *Modern psychology and ancient wisdom. Psychological healing practices*, New York, The Haworth Integrative Healing Press.
- Orwoll, L. & Perlmutter, M. (1990). The study of wise persons: Integrating a personality perspective. En R. Sternberg (ed).- *Wisdom: Its nature, origin and development*, New York, Cambridge University Press.
- Pelechano, V. (1984). Inteligencia social y habilidades interpersonales, *Análisis y Modificación de Conducta*, 26, 316-346.
- Pelechano, V. (1991). La psicología de los refranes, *Psicologemas*, 5, 1-35.
- Pelechano, V. (1994). Assessment of interpersonal skills across life-span, *European Review of Applied Psychology*, 44, 281-288.

- Pelechano, V. (1996). *Habilidades interpersonales. Teoría mínima y programas de intervención, vol. 1*, Valencia, Promolibro.
- Pelechano, v. (2000). *Psicología sistemática de la personalidad*, Barcelona, Ariel.
- Robinson, D. N. (1995). *An intellectual history of psychology*, London (3rd. edit), Arnold.
- Seligman, M.E.P. (2002). *Authentic happiness*, New York, Free Press.
- Sternberg, R. (ed) (1990). *Wisdom: Its nature, origin and development*, New York, Cambridge University Press.
- Sternberg, R. (1998). A balance theory of wisdom, *Review Fo General Psychology*, 2, 355-365.
- The World Almanac and Book of Facts 1997* (1996). Mahwah, NJ, K-III Reference Corporation.